

ct

Ifigenia's rapsody

de
Antonio Miguel Morales

(fragmento)

El tiempo mítico

Escena 1

*El templo de Artemisa se divisa al fondo.
Está atardeciendo, y la luz carmesí se refleja en el torso desnudo de Ifigenia, que se
escurre el cabello en un lebrillo.
Ante un altar con restos de los sacrificios oficiados, Ifigenia enciende un velón.
Y canta.
A Ifigenia le gusta cantar.*

Milonga del oráculo

Pensaron que estaba muerta
la hija de Agamenón.
Pero Ifigenia no ha muerto
porque Ifigenia soy yo.

El oráculo Calcante
a mi padre lo advirtió:
o Ifigenia es inmolada
o no vencerás a Ilión.

Pero me salvó Artemisa,
a quien debo devoción,
de las garras asesinas
de mi padre Agamenón.

Y ahora soy sacerdotisa
y proclamo mi oración.
en la tierra de los tauros
con la luna y con el sol.

*Ifigenia hace un círculo con los cráneos que va extrayendo uno a uno del altar.
Comienza a ofrecer sus libaciones a Artemisa.
Va derramando vino cráneo a cráneo.*

Extranjero que llegaste al país de los tauros.
Extranjera que encontraste la muerte multiplicada por dos.
La muerte tuya y la muerte de tu vientre, que ni siquiera pudo llegar a formar su propia calavera.
Por vosotros ya no puedo pedir.
¡Por vosotros ya no puedo pedir!
¡Ay de mí!
Pero puedo pedir por mis hermanos que ahora mismo cruzan los océanos negros.
Para que no sean devorados por los monstruos.
Para que lleguen sanos y salvos al país de los tauros.
Mi cuerpo es mi ofrenda.

¡Vino y miel sobre mi cuerpo!

*Ifigenia vierte vino sobre su pecho
Ifigenia unta su torso de miel.*

Aquí me tenéis.

Hija de Agamenón y Clitemnestra.

Oigo a los ciervos en estampida y sé que mi final se aproxima.

Los dioses: esos tiranos.

Los dioses, con sus lenguas de lava que lamen los hermosos cuerpos de las doncellas, arrasando sus rosados pezones, aún intactos.

El ciervo sagrado fue sacrificado por mi padre para mi mal.

Ay de mí.

¿Es que todo el mundo tiene que ir por ahí clavando su odio en el corazón de las criaturas sagradas?

¿Por qué no atemperan su odio?

¿Por qué no desatan las alas de los pájaros?

*Ifigenia canta.
A Ifigenia le gusta cantar.*

Malagueña del agua

Que ya vienen a por mí...

Que ya vienen a por mí...

Y si nadie lo remedia
seré un pozo de tristeza
que se olvide de latir...

Que ya vienen a por ti...

Que ya vienen a por ti...

dice el agua de la fuente,
y como el agua no miente
sé que tengo que morir...

Ay de mí...

Ay de mí...

Mi padre apuntó y acertó en el corazón de lo sagrado.

La sangre del venado de Artemisa cubrió los pétalos de los girasoles, cegando su norte para siempre.

Y los hijos pagamos los errores de los padres.

Y las hijas pagamos los errores de los hombres.

Cargamos con la lacra de nuestros antepasados.

Con sus miserias.
Con sus amaneceres muertos.
Con el hueco de sus manos.
Con sus dobleces nefastas.
Con sus promesas incumplidas.
Con sus vanidades hirientes.
Con sus traiciones.
Con sus culpas.
Con sus miedos.
Con sus mentiras inmemoriales.
Con sus uñas negras de arañar cuerpos comprados.
Con sus flechas para matar.
¿Con todo eso cargamos?

*Ifigenia canta.
A Ifigenia le gusta cantar.
Un cante por soleá acompasa su ritual.*

Soleá del ciervo herido

Soledad de un ciervo herido
que ha tintado con su sangre
de rojo el fondo del río.

Soledad de la hija muerta
que espera su sacrificio
con la espalda descubierta.

Soledad por los caminos
Soledad por los burdeles
soledad de mi destino.

Ay de mí.
Ay de mí.

Ya se oyen los pasos.
Ya crujen las hojas de los chopos.
Ya asoman entre las hojas muertas los picos de los alacranes.
Ya se retuerce de ira el corazón de las arañas.
Y el viento me susurra al oído que alguien viene a por mí.
El oráculo no se equivoca.
El oráculo te muestra el futuro de manera inmisericorde.
Lo he oído.
Me lo ha dicho el viento.
El futuro de Ifigenia es una sábana impecablemente blanca con una mancha roja en el embozo.

Como un primer rubor.

Ay de mí.

Ay de mí.

Troya quedaba tan lejos como los campanarios de los sueños.

La flota de Agamenón quedó varada.

La flota de Agamenón no encontraba aire que pudiese remediar la quietud de sus velas.

Porque Agamenón asestó un certero flechazo en el corazón de lo sagrado.

Y si quería llegar a Troya debía sacrificarme.

A mí.

A su hija.

Porque la ira de los dioses recae sobre las mujeres.

Aunque el agravio provenga de los hombres.

Aunque el agravio provenga de los padres, la ira de los dioses recae sobre las hijas.

Porque lo dice el oráculo.

Las mujeres debemos soportar los latigazos.

Siervas de los dioses para borrar los pecados del mundo.

Las mujeres debemos soportar los latigazos.

Siervas de los dioses para borrar los pecados del mundo.

Ay de mí.

Ay de mí.

Y nadie puede impedir ya que mi corazón se contagie del latido de las tinieblas.

Porque todavía no ha sido derramada toda la sangre.

Alguien está preparando cuencos para colmarlos con la sangre vertida de mi cuello.

Ay de mí.

Ay de mí.

Ifigenia canta.

A Ifigenia le gusta cantar.

Entona un martinete marcando el compás con los nudillos sobre la superficie de una calavera.

Martinete del pecado

Los errores de los hombres

son pecados de mujer.

No les importa si ponen

las verdades del revés.

Los errores de los hombres

a Ifigenia destruirán.

La cólera de Artemisa

sobre Ifigenia caerá.

Ay de mí.

Ay de mí.

Cada cráneo es una vida truncada.

No pude evitar la cólera de Artemisa.

Cada cráneo es una raíz desarraigada.

No pude evitar la cólera de Artemisa.

Detrás de cada historia hay un hombre

Detrás de cada muerte.

Detrás de cada cráneo.

Detrás de cada sufrimiento hay una mujer.

Una extranjera confundiendo su cuerpo con la cresta de la ola.

No hay más.

Las cosas son así.

Ay de mí.

Ifigenia, no debías haber nacido jamás.

Con solo intuir que ibas a nacer debieras haber cerrado los ojos.

El cielo cae sobre Ifigenia en tromba.

Un ciervo la observa desde detrás de la arboleda.

Oscuro

El tiempo histórico

Escena 2

*Port Bou, 1939, en la frontera con Francia.
Miles de refugiados españoles cruzan la frontera.
Llueve tanto que el agua se cuele por las bocas cerradas.
Una mujer intenta cruzar.
Su cuerpo es un altar.
Ahora Ifigenia sabe que su cuerpo es un altar.*

Ya pasaron los hombres
que he de besar mañana.
Ya pasaron los hombres y yo debo salir de aquí.
Debo salir de aquí porque mi cuerpo es una sacudida de jilgueros que quieren brotar en canto.
Debo salir de aquí porque mis pupilas esconden el secreto de la germinación de las semillas.
Debo salir de aquí porque mi cuerpo es un altar al que deben rendir culto los que cortan las muñecas de las doncellas núbiles.
Debo salir de aquí para no morir de allá.
Para hacer posible mi placenta en el tiempo.
Para multiplicar la sonoridad de los abrazos.
Para atrapar en el ocaso a los peces voladores y darles cobijo en mi pecho.
Para macerar las heridas del prójimo con pócimas del sotobosque.
Para aliviar con mi sexo el vigor de los guerreros que son hijos de una mujer como yo.
Que son padres de una mujer como yo.
Que tendrán unos hijos como los que yo tendré.
Pero que no tendrán culpa.
Porque ellos estaban en la guerra cuando yo estaba en la casa.
Y los guerreros no son pusilánimes.
Los guerreros no entienden de la posibilidad de las placentas.
Los guerreros no entienden del trino de los pájaros salvajes que anida en el corazón, porque disfrutan masticando pequeñas criaturas del bosque.
Porque gozan crujiendo entre sus manos de zarza las alas de los peces voladores.
Porque para ellos los abrazos son ruidosos y no sonoros.
Porque saben que nuestros hijos serán suyos.
Y multiplicarán el dolor de las hijas marchándose lejos.
Y multiplicarán el dolor de las madres llevándose a los hijos a la guerra.
Pero si la manada se ahoga entre el fango y la sangre, la culpa es nuestra.
Porque mordimos la manzana y obligamos a los hombres a engendrar proyectos de nada.
Proyectos de nada.
Proyectos de nada.
Aunque nos empeñemos en fingir que no lo sabemos, eso es lo que somos todos: proyectos de nada.
Y es nuestro vientre el que impulsa a nuestros hijos hacia la nada que serán.
No se vayan a creer que es fácil darse cuenta.
No se lo vayan a creer.

Pero la culpa es nuestra.
Pero la culpa es nuestra por abrimos de piernas.

Fingidoras, ignorantes y putas.
Esos son los adjetivos que nos ponen: aunque el orden varía a veces.
Eso es lo de menos.

Aun así, te quiero cerca de mí, guerrero.
Y esa es mi tragedia.
Para lamerte las heridas y propiciar la paz de tu piel.
Para que me oscurezcas con tu cuerpo entre los restos de la batalla.
Para poder crecer contigo en un país lejano
donde nadie dispare a las golondrinas impunemente.
Para redimirte de esa potencialidad de dioses que ambos somos, pues juntos creamos la nada
desde la nada.
Para que te des cuenta de que con nuestra alianza
podremos ver nacer amapolas
entre charcos de sangre.

Ifigenia canta.
A Ifigenia le gusta cantar.

Seguiriyas del campo de batalla

No me pidas nunca
Que te deje ir,
Que en los caminos de mi desventura
Te veré morir.

La maldita guerra
Te lleva tan lejos,
Que amanece rojo el lucero del alba
Y ladran los perros.

Se marcha el amante
Dejando en mi cama
Un rastro frío que busca en la noche
La flor de su espada.

Se marchan los hijos
Dejando en la boca
Besos perdidos que buscan la arena
Y encuentran la roca.

Escena 3

París, 1940.
Suena un tren a lo lejos.
El destino es Auschwitz, aunque nadie lo sabe.
En un puerto los estibadores sudan mientras descargan un barco recién atracado.
Huele a gasoil y a rosas.
A cuerpos y a pecado también huele.
Pero predomina el olor a soledad y a despedida.
El Sinaia parte para Veracruz.
Los refugiados españoles agitan pañuelos blancos.
Ifigenia canta por peteneras.
Es invisible.
Nadie la oye.
Pero ella canta.

Petenera del adiós

Se nos marchan nuestros hijos
Porque en su tierra los matan.
Les clavan sucios cuchillos
Y tintan de sangre el alba.

Se nos marchan nuestros hijos
Y se pudre la fragancia
De sus cuerpos en el limbo
Del olvido y la venganza.

Cuánto amor sacrificado.
Cuánta sangre innecesaria.
Cuánto mar en otro lado.
Cuánta rosa mutilada.

Cuánto musgo en las mejillas.
Cuánta sal en la mirada.
Cuánto silencio en los labios.
Cuánta abundancia de nada.

Que si te duele ser madre
No andes mordiendo manzanas.
¡Yo te culpo, pecadora!
Dice el viento en la ventana.

Hagan los hombres la guerra
Y las mujeres la cama.
Que la culpa es de la hembra
Que no cuida a su manada.

Ay de mí.
Ay de mí.

Que la culpa es de la hembra
Dice el viento en la ventana.
Que la culpa es de la hembra
Dice el viento en la ventana.

*Ifigenia se mira las palmas de las manos.
Hay abundancia de sangre en ellas.
Sabe que ha sacrificado a alguien pero desconoce la identidad de la víctima.
Oscuro.*

Escena 4

Un cabaret de París durante la ocupación francesa.

Percusión

Ifigenia se oculta tras el altar.

Llueven pétalos.

Sale con un ceñido vestido de lentejuelas y pelucón rosa fucsia.

En sus manos lleva un cráneo que utiliza para beber.

Se sirve Whisqui.

Ifigenia canta.

A Ifigenia le gusta cantar.

Loca Ifigenia
cabaretera....
soy la leona
del arrabal.

Loca Ifigenia
cabaretera
y arrabalera
como quien más.

Luego te cuento
cómo he llegado
para colmarto
de eternidad...

Como un fantasma
De tu pasado
Prueba mi boca
Y entenderás

Que soy la reina
De tu pecado
Si tú me quieres
Para pecar.

Que el magisterio
de lo prohibido
en Ifigenia
lo encontrarás.

Que tu secreto

vive atrapado
entre las piernas
de nuestro altar.

Vuelve a tu casa
Duerme tranquilo,
Vuelve a tu diosa
Vuelve a tu hogar.

Vuelve a tu esposa
Vuelve a tus hijos
porque Ifigenia
nunca hablará.

*Ifigenia se va.
Oscurece.
Suenan tambores lejanos.
Pasa un tren.
La historia continúa.
La culpa permanece.*

Escena 5

Nieva sobre el Mar Mediterráneo.

La concertina se divisa a lo lejos.

Ifigenia, cubierta con una manta térmica, da de mamar a un bebé mientras canta una nana.

En el suelo hay una montaña naranja de chalecos salvavidas.

A la nana nanita
Nanita ea.
Mi niño tiene miedo
De las mareas.

Tiene blancas las manos
De tanta ola.
Tiene sal en los ojos
Sed en la boca.

Yo ya no tengo leche
Para adorarte.
Tú ya no tienes vida
Para quedarte.

A la nana nanita
Nanita ea.
Tengo un dios pequeñito
Que huele a brea.

A la nana nanita,
Nanita ea.
Mi niño tiene miedo
De la marea.

Ifigenia coloca al bebé en el altar, deja caer la manta térmica y, desnuda, se introduce en el mar sorteando la montaña naranja.

Nieve y oscuro.